

“Este libro afectó de inmediato mi manera de conversar con mis nietos sobre algunos momentos instructivos en sus vidas. Smith vincula las Escrituras con ilustraciones de una forma que te hace querer ser mejor en esas conversaciones, y te ayuda a saber cómo hacerlo”.

Ed Welch, Profesor y Consejero, Christian Counseling & Educational Foundation (CCEF)

“Si eres como yo, tal vez hayas leído el título de este libro, *Criando con palabras de gracia*, y sentiste la necesidad de reprimir un gemido: **¡Ay, no... aquí viene la culpa!** Por favor, no supongas esto. Tal como indica su título, este libro está lleno de palabras de gracia: gracia para ti como padre y gracia para ti como un hijo del único Padre que sabe lo que es hablar siempre con palabras de gracia. Está repleto de un aliento que satisface profundamente tu alma, y escrito de una manera encantadora y sincera. Te alegrará leerlo. De verdad”.

Elyse Fitzpatrick, autora, *Ídolos del corazón*

“Un valioso recurso, cargado de discernimiento escritural. Los amantes de la Biblia disfrutarán de cómo Smith usa y aplica las Escrituras. Los padres se sentirán consolados al saber que no son los únicos que tienen algunas de estas luchas y obtendrán instrucciones útiles sobre cómo ser buenos padres”.

Ajith Fernando, Director de Enseñanza, Juventud para Cristo, Sri Lanka; autor, *The Family Life of a Christian Leader* y *Ministerio dirigido por Jesús*

“Soy alérgico a los libros cristianos quisquillosos y llenos de fórmulas sobre la crianza de los hijos. Gracias a Dios, este libro *no* es así. Bill Smith reconoce que la crianza moldeada por el evangelio es más un arte que fórmulas matemáticas; ¡necesitamos depender más del Espíritu Santo que de manuales de guías prácticas! Lo más importante es que Smith insta a los padres cristianos a ver que Dios les ha dado el papel de ser

autoridad; sí, pero también de ser formadores, a medida que usan sus *palabras y conversaciones* para establecer una relación cristicéntrica con sus hijos, la cual pueda continuar para toda la eternidad. Te recomiendo este libro; ya he sido beneficiado con él”.

Jon Nielson, Pastor principal, Spring Valley Presbyterian Church, Roselle, Illinois; coeditor, *Gospel-Centered Youth Ministry*

“*Criando con palabras de gracia* hace honor a su título. En resumen, con capítulos fáciles de leer, Bill Smith les presenta a los padres la sublime gracia de Dios para sus propias vidas, y ayuda a las mamás y a los papás a entender cómo aplicar esa gracia a sus familias. La sabiduría que se encuentra en estas páginas te ayudará a amar a tus hijos a pesar de sus fallas, confiar en Dios respecto a los resultados de tu crianza y alentar a tus hijos durante las pruebas que enfrentan.

Marty Machowski, Pastor principal, Covenant Fellowship Church, Glen Mills, Pensilvania; autor, *Cómo guiar a tu hijo a Cristo y Long Story Short*

“¿Quién no quiere invitar a sus hijos a entrar en una relación saludable y vibrante? Sé que yo sí. Bill Smith brinda una visión cautivadora de cómo nuestras palabras y conversaciones moldean nuestra manera de criar a nuestros hijos, y cómo, a través de nuestras palabras, somos vehículos mediante los cuales ellos ven a Dios. Leí este libro y quise ir a hablar con mis hijos. Te sucederá lo mismo”.

Courtney Reissig, autora, *Glory in the Ordinary*

“¡Una lectura alentadora y potente! Bill Smith resalta el poder de nuestras palabras como motivación para que nuestros hijos procuren tener una relación real y duradera con Jesucristo. Ofrece aliento para nuestras palabras fallidas y ayuda para nuestras palabras futuras”.

Shona Murray, autora, *Refresh: Embracing a Grace-Paced Life in a World of Endless Demands*

CRIANDO
CON PALABRAS
DE GRACIA

CRIANDO CON PALABRAS DE GRACIA

Cómo cultivar un vínculo con tus hijos
una conversación a la vez

William P. Smith

Prólogo de Paul David Tripp

EBI
EDITORIAL
BAUTISTA INDEPENDIENTE

Criando con palabras de gracia fue publicado originalmente en inglés bajo el título *Parenting with Words of Grace*.

Copyright © 2019 by William P. Smith

Published by Crossway

a publishing ministry of Good News Publishers

Wheaton, Illinois 60187, U.S.A.

This edition published by arrangement with Crossway.

All rights reserved.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la Nueva Biblia de las Américas (NBLA), *copyright* © 2005 por The Lockman Foundation. Usada con permiso. www.NuevaBiblia.com

© 2024

EB-580

ISBN 978-1-953663-62-7

Editorial Bautista Independiente

3417 Kenilworth Blvd, Sebring, FL 33870

www.ebi-bmm.org

(863) 382-6350

Traducción: Alicia Güerci

Impreso en Colombia

Dedicado a Cassie, Timmy y Danny; ustedes han agregado tanto a mi vida y a este libro. Sin ustedes, ambas cosas serían muchísimo menos ricas.

Índice

Prólogo	II
Introducción	17
Primera parte: La visión	23
1. Criar es una invitación	25
2. La invitación está embebida en tus conversaciones	33
3. Cómo habla Jesús a amigos distanciados	39
4. Historia extendida: Espacio sagrado	45
5. Hablas sin garantía de éxito	51
6. Hablas de la gracia de la que ya has oído.	57
7. Historia extendida: “Suban a la camioneta”	63
8. Tus hijos necesitan que hables con ellos... mucho	69
9. Historia extendida: El funeral de la abuela	77
Segunda parte: La esperanza	81
10. A veces no quieres hablar.	83
11. Abraham representa mal a Dios.	89
12. Dios intercede por Abraham	95
13. Jesús intercede por ti	99
14. Tomas palabras y las llevas a Dios.	105

15. Practica arrepentirte por usar mal tu boca.111
16. Oyes palabras de Dios115
17. Llevas palabras a tus hijos121
18. Hablar la verdad con amor.129
Tercera parte: La habilidad de alentar135
19. ¿Cuándo deberías alentar?137
20. El aliento lleva tiempo145
21. Reemplaza las negativas en el hogar y afuera151
22. Busca lo positivo en forma de semilla159
23. Aliéntate cuando estés cansado de alentar.165
Cuarta parte: La habilidad de ser sincero171
24. La meta de la sinceridad: Rescatar173
25. Piensa antes de hablar.179
26. Sé un espejo que invita a la participación187
27. Apunta al corazón.193
28. Lidera esforzándote para dar el ejemplo.199
29. Construye puentes con tus errores207
30. Espera que tus hijos cometan errores.213
31. Historia extendida: Atrapar una bola baja... o no223
32. Por qué quieres realmente un estilo de vida perdonador227
Epílogo: Eres un megáfono231

Prólogo

Algunos libros son informativos, y a veces, la información nueva puede cambiar nuestra vida. Algunos libros confrontan, y a veces, necesitamos que alguien interrumpa nuestras conversaciones privadas para ayudar a que nos veamos con más precisión y evaluemos nuestro comportamiento con más humildad. Algunos libros brindan esperanza. Todos sabemos que, a veces, la esperanza es difícil de encontrar; y como es difícil de encontrar, el gozo es difícil de experimentar. Y cuando no tienes gozo, es difícil ser motivado a hacer las cosas incómodas que todos tenemos que hacer en este mundo caído. Lo que más aprecio de este libro es que hace muy bien cada una de estas cosas.

Soy padre, y aunque mis hijos son adultos, todavía hablo con ellos, así que lo que leí aquí fue enormemente revelador, útil y alentador. A medida que leía, recordé mil escenas de la crianza que viví. Algunas me hicieron dar gracias, algunas me hicieron reír y algunas me provocaron tristeza. Pero mientras revivía esas escenas, cuatro cosas me vinieron a la mente.

1. *Nuestro primer momento con nuestra hija Nicole.* Recordaré ese momento para siempre. Nicole es adoptada, y pusimos nuestros ojos por primera vez sobre ella en una puerta reservada para nosotros en el aeropuerto de Filadelfia. Tenía solo cuatro meses de edad, y su escolta la sostenía de una manera en la que la pequeña Nikki venía de frente a nosotros mientras se acercaba. Nos emocionamos de inmediato cuando vimos su pequeño

rostro sonriente, pero nos desmoronamos cuando la escolta nos entregó a este pequeño ser humano y luego desapareció entre la gente. En un instante, una vida humana se nos había entregado y colocado bajo nuestro cuidado. La inevitable importancia de lo que significa ser padres nos golpeó más duro que nunca antes. Dios había colocado una vida en nuestras manos; una personita totalmente dependiente, cuya vida sería grandemente moldeada por lo que decidiéramos para su vida, cómo actuaríamos en relación con ella y lo que le diríamos.

La que sosteníamos en nuestras manos tendría una visión de sí misma moldeada por nosotros y un conocimiento de Dios según como la formáramos. Su perspectiva sobre las relaciones interpersonales procedería de nosotros, su sentido de lo correcto y lo incorrecto sería esculpido por nosotros, y todo esto se construiría a partir de las miles y miles de interacciones que tendríamos con ella. Nos sentimos abrumados, incapaces e indignos, pero por sentirnos así, clamamos a Dios para que nos diera la gracia para representarlo bien en la vida de esta pequeña. Como he escrito en otras partes, nos convencimos de que pocas cosas en la vida son más importantes que ser un instrumento de Dios para la formación de un alma humana.¹

2. *El poder increíble de las palabras.* Con palabras, Dios creó de la nada este cosmos asombroso. Con palabras, Dios nos reveló la historia de la redención y todas las verdades explicativas relacionadas con ella. Con palabras, Jesús nos mostró el corazón del Padre y la naturaleza de Su reino. Con palabras, Jesús sanó enfermos y resucitó muertos. Con palabras, el apóstol Pablo nos explicó cómo es la gracia y cómo opera. Con palabras, Satanás nos tien-

1. Paul David Tripp, *La crianza de los hijos: 14 Principios del evangelio que pueden cambiar radicalmente a tu familia* (Publicaciones Faro de Gracia, 2019), 21.

ta a dudar de la sabiduría y la bondad de Dios, y a traspasar los límites divinos. Las palabras son poderosas.

Con palabras, puedes traer lágrimas a los ojos de tu hijo. Con palabras, puedes darle a un hijo desesperanzado una razón para seguir adelante. Con palabras, puedes ayudar a un hijo solitario y aislado a sentirse amado y aceptado. Con palabras, puedes encender fuegos de ira en el corazón de un hijo. Con palabras, puedes calmar la tormenta de las emociones de tu hijo. Con palabras, puedes ayudar a un hijo espiritualmente ciego a ver a Dios. Con palabras, puedes estimular a un hijo rebelde a considerar hacer lo correcto. Con palabras, puedes iniciar el proceso de sanar una relación rota. Con palabras, puedes ayudar a un hijo a interpretar el pasado y establecer advertencias para el futuro.

Las palabras son poderosas. Hablarás con tu hijo, y lo que digas siempre producirá alguna clase de cosecha en su corazón y en su mente.

3. *Decir la verdad no siempre ayuda.* Te puede sorprender leer esto, pero este libro me recordó cuán importante es entender este concepto. La verdad puede ser una herramienta maravillosa de la gracia o un arma de destrucción. Puedes decirle a tu hijo algo que es verdad, pero de una forma que tiene la intención de herirlo. Puedes decirle la verdad a tu hijo en un entorno público que lo avergüence innecesariamente. Puedes usar la verdad para impedir que tu hijo supere los errores del pasado y avance con su vida. La verdad es un instrumento para vengarse o un instrumento para perdonar. Es una herramienta para destruir o edificar. La verdad puede abrir un corazón o provocarlo a que esté a la defensiva. Pocas cosas son más importantes en la crianza que llevas a cabo que la manera en que usas la herramienta de la verdad.

Esta es la razón por la cual la Biblia nos insta a “hablar la verdad en amor” (Efesios 4:15) o a solo hablar palabras que

“[impartan] gracia a los que escuchan” (Efesios 4:29). Sabrás cosas acerca de tus hijos: cosas sobre su personalidad, sus fortalezas y debilidades, sus susceptibilidades, sus mejores y peores momentos. Es casi imposible sobreestimar la importancia de la forma en que usas la verdad que sabes sobre tus hijos en los miles y miles de encuentros momento tras momento y día tras día que Dios ha planeado para que tengas con ellos.

4. *La imposibilidad de lo que Dios nos llama a hacer y decir como padres.* Simplemente, es imposible que personas en las que el pecado todavía está viviendo en su interior hagan por sí solas lo que Dios las ha llamado a hacer y hablen como Él las ha llamado a hablar. Si vamos a hablar siendo instrumentos de Dios de sabiduría, rescate y gracia transformadora en la vida de nuestros hijos, lo que debe suceder una y otra vez no es el rescate de nuestros hijos. No, debemos ser rescatados de nosotros mismos.

Es necesario que admitamos humildemente que las palabras que decimos salen de lo que está en nuestro interior, no de lo que son nuestros hijos ni de lo que han hecho. Nos hace falta la gracia para reconocer que nuestras palabras como padres revelan cuánto necesitamos todavía el rescate y el perdón de la gracia de Dios momento tras momento. Precisamos la gracia para ocuparnos más del pecado que aún vive en nosotros que del pecado que vemos en nuestros hijos. Y todos necesitamos recordar que nadie da gracia de manera más amorosa y paciente que el padre que confiesa cuánto la necesita él mismo. Y, por último, Dios nunca nos llama a hacer algo sin capacitarnos para hacerlo ni nunca nos envía a ninguna parte sin ir con nosotros.

Este libro no solo desencadenó estos cuatro pensamientos, sino que también constituye la razón por la que pienso que es tan útil y alentador. Bill Smith conoce el significado del llamamiento parental, conoce bien el poder de las palabras, entiende que decir la verdad no siempre es beneficioso y capta cuán

PRÓLOGO

dependiente es todo padre de la provisión copiosa y constantemente rebosante de la gracia de Dios. Debido a esto, puedo decirte con seguridad que este libro cambiará tu manera de pensar sobre el modo en que les hables, no solo a tus hijos, sino a todas las demás personas que forman parte de tu vida. Pero este libro hizo algo más para mí, y creo que lo hará también para ti: me hizo aún más agradecido por la persona, la presencia, el poder y la gracia de Jesús.

Recomiendo animadamente todo libro que les recuerde a los padres sobre la gracia de Jesús, porque vivir siendo conscientes de esto cambia tu manera de proceder con tus hijos y de hablarles; y este libro hace esto tan bien como otros libros sobre la crianza que he leído. Lee y permite que Dios utilice el sabio consejo de Smith para mejorar tu labor como instrumento de la gracia de Dios en la vida de aquellos que ha confiado a tu cuidado.

PAUL DAVID TRIPP

diciembre de 2018

Introducción

Era una conversación difícil y se ponía cada vez peor. Mi hijo y yo estábamos discutiendo en la sala, y se podía percibir que la tensión aumentaba con cada intercambio de palabras mientras cada uno contraatacaba y endurecía su posición. Se podía ver en nuestros rostros. Podías oírlo en nuestras voces y en las palabras que usábamos. La situación no estaba fuera de control todavía, pero no había tampoco ninguna señal de que fuera en una dirección saludable.

Entonces, en un momento particularmente tenso, me llegó este pensamiento: “Ten sumo cuidado ahora, porque lo que digas a continuación afectará tu relación con tu hijo durante mucho tiempo después de hoy”. Ese momento de discernimiento me ayudó a reacomodar lo que dije. No hizo desaparecer todo de inmediato, pero se podía sentir que la atmósfera en la habitación empezaba a cambiar. Ahora estábamos yendo en dirección a una solución en lugar de subir el tono de la conversación. Pensar en el futuro y en lo que quería para ambos en ese futuro afectó lo que dije en ese presente y nos ayudó a adoptar un curso diferente.

Ese momento de conversación estuvo particularmente cargado, pero en esencia, era como cualquier otro. Las cosas que eliges decir o no decir, junto con la forma en que las dices, invitarán a las personas que te rodean a disfrutar de una mejor relación contigo o les advertirá de seguir teniendo algo que ver contigo.

Toda conversación viene acompañada de una pregunta silenciosa e implícita: “¿Te interesaría desarrollar una amistad permanente conmigo en el futuro basada en lo que estás experimentando conmigo ahora?”.

Tomar conciencia de esta invitación inaudible me resultó profundamente útil para transformar lo que estaba por decirle a mi hijo y la forma de decirlo, tanto en ese momento como en muchas conversaciones desde entonces.

Esa conciencia fue también altamente perturbadora. No puedo empezar a contar la cantidad de cosas destructivas que ya le había dicho durante el curso de su vida ni las formas heridoras en las que las había expresado. Y lo peor es que esta perspectiva no solo llegó demasiado tarde para evitar un pasado escabroso, sino que no siempre ha tenido el poder de remodelar mis conversaciones con mi hijo desde aquella época. Mis fallas en la comunicación después de ese día son también demasiadas para poder contarlas.

Pero eso no me hace perder la esperanza. Felizmente, lo que es cierto respecto a nosotros y nuestras palabras es también cierto para Dios. Cuando Dios nos habla, no solo revela Su carácter y su personalidad, sino también cómo es relacionalmente. Esas interacciones nos dan una razón para confiar en el Señor a medida que aprendemos cómo nos trata; en especial, durante esos momentos cuando le hacemos la vida más difícil, como cuando les hablamos mal a nuestros hijos.

A medida que Dios habla con nosotros, teniendo en cuenta nuestras debilidades, inmadurez, temores, arrogancia, ignorancia e incluso nuestra desconfianza, descubrimos a alguien que vale la pena conocer; alguien que no nos recrimina nuestros pecados, sino que nos trata mejor de lo que merecemos.

Cuando nos habla con dulzura, aunque también de forma directa, nos da razones para confiar en Él y, a su vez, querer

más de Él. Sus palabras nos invitan a tener una relación a largo plazo a medida que (re)experimentamos el evangelio a través de ellas. Y cuando lo oyes hablarte, aprendes a hablarles a tus hijos de maneras similares, lo que les da razones para querer continuar sus conversaciones contigo a pesar de tus numerosos pasos en falso.

La primera parte de este libro, “La visión”, analiza cómo tus palabras, como las de Dios, invitan o repelen las relaciones a largo plazo. Las relaciones son dinámicas. Siempre están cambiando. Cada conversación que tienes altera la relación, impulsándola en una dirección u otra. Las innumerables conversaciones que tienes con tus hijos son oportunidades diarias de invitarlos a disfrutar del desarrollo de una relación contigo satisfactoria y a largo plazo. Esta clase de relación es un ejemplo de lo que podrían tener con Dios, quien anhela tanto comunicarse con Su pueblo que nos dio en primer lugar el don del lenguaje.

La segunda parte, “La esperanza”, reconoce no obstante la triste realidad de que no siempre has dicho cosas que fomentan las relaciones positivas con tus hijos. Antes de que puedas abrazar con confianza un buen futuro con ellos, necesitas razones para creer que tus fracasos del pasado no controlan ese futuro. Necesitas tener la esperanza de que no hayas dañado tan perjudicialmente tu relación con tus hijos que esta no pueda repararse.

La confianza que necesitas solo puede provenir de ver que Dios no te deja librado a tus fracasos. En cambio, sigue relacionándose contigo, involucrándose en tu vida para que vuelvas a ser el padre o madre que siempre tuvo la intención de que fueras. El Señor viene a ti para mostrarte formas de vivir rectamente —incluso después de que hayas fracasado— que te garantizan restaurar tu relación con Él y que invitan a tu hijo a experimentar algo mucho mejor de lo que ambos han tenido.

La tercera y la cuarta parte analizan las habilidades que necesitas tener para hacer esa invitación implementando como guía la rúbrica general de Pablo de “hablar la verdad en amor” (Efesios 4:15). Ambas secciones continuarán vinculando lo que les decimos a nuestros hijos con lo que hemos oído de parte de Dios. Solo podemos comunicar un contenido rico de evangelio que los invite a tener relaciones centradas también en el evangelio —con Dios y con nosotros— cuando damos testimonio de nuestra propia confianza en este mismo evangelio.

La tercera parte, “La habilidad de alentar”, estudia el antidoto para las conversaciones que expresan más fácilmente la verdad que no muestra interés por la otra persona: cuando la “verdad” deja fuera el amor. Si esto es una tentación para ti, querrás aprender a hablar la verdad que edifique a tus hijos en lugar de destruirlos.

La cuarta parte, “La habilidad de ser sincero”, considera el problema opuesto de guardarse la verdad por temor a que a la otra persona no le guste: cuando el “amor” deja fuera la verdad. Si esta es tu tendencia, querrás aprender a decir la verdad con coraje, aunque esto lleve a situaciones incómodas, motivado por el deseo de ayudar a tus hijos a volverse lo suficientemente fuertes como para alejarse de las cosas que podrían perjudicarlos.

Permíteme decir una cosa más para alentarte antes de que comencemos. No tienes que esperar hasta que tú y tu hijo o hija hayan llegado a relacionarse de manera saludable para poder tener conversaciones basadas en el evangelio que abriguen esperanza para un futuro con él o ella. El evangelio no requiere un punto de partida positivo. Ni siquiera exige uno neutro. En realidad, suele entrar en la ruptura de las relaciones humanas. Allí es donde prospera.

Es probable que ya lo sepas. En tu propia vida, el evangelio tuvo que comenzar en un lugar negativo: Dios se acercó a ti

INTRODUCCIÓN

y comenzó a hablar contigo después de que habías arruinado tu relación con Él y te habías hundido en un pozo del que no podías salir. No esperó para actuar hasta que tú y él estuvieran en buenos términos para hablar. En cambio, entró con optimismo en tu vida, creyendo que las cosas entre ambos no tenían que seguir como estaban. Su sola participación garantiza que tu relación con Él será mejor de lo que era.

De manera similar, a pesar de las relaciones empañadas o incluso rotas con tus hijos, puedes aprender a entrar en conversaciones con ellos de formas que comiencen a revertir los efectos de la ruptura en el pasado y les ofrezca un futuro mejor; un futuro mejor contigo, que les muestre cómo podría ser un futuro con Dios.

Primera parte

LA VISIÓN

La crianza incluye innumerables interacciones por medio de las cuales invitas a potenciales futuros pares a entrar en una relación permanente si ellos así lo quieren.

1

Criar es una invitación

La crianza no actúa. La crianza atrae.

Después de terminar de hablar a un grupo de madres sobre la crianza, una de las mujeres se me acercó y dijo: “Veo que no he actuado con mucha gracia con mis hijos, así que, si tuviera más gracia en las cosas que digo y hago, es probable que todo funcionara mejor en mi casa, ¿verdad?”.

Ahora bien, no creo que su forma de pensar sea inusual, pero no captó el sentido de lo que yo estaba tratando de decir. La idea de la crianza no es que las cosas funcionen mejor en nuestros hogares; que la vida sea más fácil y que las cosas se desarrollen con más tranquilidad. Este no es el objetivo, pero es lo que ella quería. Y por eso, estaba buscando alguna clase de método que, una vez que lo dominara, garantizara ciertos resultados si ella simplemente invertía la cantidad correcta de tiempo y de esfuerzo. Quería algo que funcionara.

La crianza no “trabaja”. La crianza requiere que inviertas tiempo y energía sin que sepas con seguridad cuál será el resultado. Esto es cierto con respecto a todas las relaciones interpersonales, pero es sorprendente cuando te das cuenta de que vas a derramar tu propio ser en tus hijos, condicionarás tu vida alrededor de ellos, te sacrificarás por ellos, cambiarás tu mundo por ellos, y aun así, no tienes garantía de que vayan a responder bien.

¿Quién quiere algo así? Yo no. Yo quiero algo de certidumbre. Quiero cierta sensación de que si digo lo correcto y hago lo correcto, mis hijos me responderán de forma positiva y que, al menos, conseguiré algunos de los resultados que estoy buscando. Pero... no hay certeza. Es probable que esto no sea lo que quieres oír. Sé que no es lo que yo quiero oír.

Tú y yo no somos los únicos. Un padre lo expresó de este modo: “Sé que no está bien, pero tengo más tendencia a iniciar conversaciones si sé que eso va a resultar beneficioso. Si sé que lo que voy a decir va a funcionar, pongo todo mi esfuerzo. Pero si no sé, si no estoy seguro, tiendo a retraerme. Vacilo en decir algo”. Este hombre está buscando algo que aumente sus posibilidades de tener un resultado favorable. Está buscando un beneficio garantizado antes de invertir.

Creo que está hablando en representación de muchos de nosotros. Sin embargo, la crianza no se trata de descubrir qué es correcto hacer o decir para generar determinados resultados; se trata de una persona a la que debemos amar. Y cuando hablas de amar a una persona, te das cuenta de que no hay fórmulas que siempre funcionen, lo que significa que no hay garantías ni ganancias aseguradas para tu inversión.

Lamentablemente, en mi experiencia como consejero y pastor (¡y como padre!), las personas quieren obtener ese rendimiento. Y lo quieren ya. Por eso, hablan con sus amigos y mentores, leen libros y van a seminarios, están dispuestos a aplicar cualquier estrategia que encierre alguna esperanza de que pueden acercarse lo más posible a un resultado garantizado.

Vienen con un problema claramente definido —que el hijo está haciendo algo que los padres necesitan que deje de hacer o que el hijo no está haciendo algo que los padres quieren que comience a hacer— y, luego, buscan un método que prometa abordar el problema que están viendo.

Pero ahí yace la trampa. Cuando defines la crianza como una solución iniciada por un adulto a un problema creado por tu hijo, pensarás primeramente en términos de hacer que tu hijo obedezca. En ese caso, la crianza se vuelve una interacción negativa que está tratando de poner fin a la tensión en el hogar generada entre lo que tú quieres y lo que está haciendo tu hijo.

Entonces, ¿cómo se evita la trampa? Rehúsan permitirte pensar solo en términos de lo que deberías o no deberías hacer. Te obligas a mirar más allá del problema, a la persona —tu hijo o hija—, lo que te lleva a pensar en términos relacionales y no meramente de comportamiento.

Piensa en lo que significa amar a tus hijos en el momento más que amar lo que quieres de ellos o incluso lo que quieres para ellos. Solo cuando los ves y los valoras como individuos tienes cierta esperanza de desarrollar vínculos saludables con ellos. Por lo tanto, empieza considerando, dentro de lo más básico de ellos, ¿quiénes son? ¿Cuál es su identidad más esencial?

Primero y principal: no son tuyos. Son de Dios. Él los hizo y se hace cargo de la responsabilidad principal por ellos. Se colocan bajo tu cuidado solo de forma secundaria, y aun entonces, únicamente de forma temporal.

Son tus hijos —incluso tal vez salieron de tu cuerpo—, pero también son seres autónomos con sus propios derechos. Cuando Dios los hizo, no consultó contigo. Tú no elegiste ninguno de sus atributos, virtudes, talentos, dones, debilidades, inseguridad ni luchas.

En este sentido, no hay mini yos: pequeñas versiones de ti cuya razón de existir es reflejar tu gloria y hacer que luzcas bien. Tampoco son especies levemente subhumanas que necesitan ser socializadas por medio del uso de gráficos inteligentes, a fin de desencadenar un buen comportamiento hasta que son lo sufi-

cientemente adultos para sobrevivir por sí solos. Tus hijos son imágenes de Dios, independientes de ti, aunque relacionados contigo.

Esto significa que son seres eternos, los cuales, al haber comenzado a vivir, continuarán viviendo indefinidamente. Piensa en el abismo de madurez entre tú y ellos en este momento. Por más grande que sea ahora, seguirá reduciéndose a medida que pase el tiempo, y se volverá menos significativo hasta que desaparezca. En realidad, te superarán en muchas áreas, si no lo han hecho ya. Mira al futuro: ¿qué importancia tendrán tus veinticinco años de ventaja cuando ambos tengan diez mil años de edad? A medida que tus hijos crezcan y maduren, según el diseño de Dios, ellos y tú tienen el potencial de volverse pares.

La crianza, por lo tanto, significa invertir en estos colegas seres humanos, pero sin envolverlos con mi mundo ni tratando de que ellos me envuelvan con el de ellos. En cambio, la crianza es la suma total de las interacciones entre dos seres humanos mediante las cuales invita con regularidad a una persona levemente más joven a desarrollar una relación que cierra progresivamente el abismo de madurez entre ambos.

Dios te invita a ti; tú invitas a tu hijo

La buena noticia para el pueblo de Dios es que uno ya sabe cómo es esta clase de relación. Aun si apenas estás comenzando a conocer al Señor, ahora ves las cosas de forma mucho más parecida a Él que antes; el abismo se ha achicado porque has crecido. Y seguirá achicándose a medida que tu Padre celestial te críe.

El apóstol Pablo habla de cómo se desarrolla el pueblo de Dios, hasta que somos colectivamente un cuerpo cuya madu-

rez coincide en todo aspecto con su cabeza, que es Cristo (Efesios 4:15). En los salmos, Asaf hace comentarios tenebrosos con respecto a que las personas son dioses, dando una pauta de que podemos ser más de lo que se ve a primera vista (Salmo 82:6), mientras que Pedro afirma directamente que, por el poder de Dios, ahora podemos ser participantes de su naturaleza divina (2 Pedro 1:3-4; ver también Gálatas 2:20; 1 Juan 3:2).

No nos convertimos en Dios. Tampoco seremos nunca iguales a Dios. Pero Dios planea tener una relación con nosotros a largo plazo, de modo que participamos de su naturaleza divina y, aunque no somos iguales a Él, nos convertimos en sus compañeros adecuados (Efesios 5:31-32). Crecemos a medida que el Señor interactúa con nosotros en el presente, con un ojo puesto en el futuro. Gran parte de esa interacción viene de escucharlo cuando nos habla; sin duda, cuando oramos, e incluso con más claridad a través de las Escrituras.

Él habla, y sus palabras te atraen a su lado al instante, porque cada vez que lo hace, te cuenta sobre su persona. Te dice cómo es: lo que valora, lo que le importa y lo que no. Te explica dónde yacen sus compromisos y lo que piensa que es esencial en la vida.

Pero sus palabras también te dicen cómo es en el aspecto relacional: de qué manera trata a las personas, cómo espera que funcionen las relaciones interpersonales, el papel que juega en la vida de otros y el que otros juegan en la suya. Y aprendes que simplemente no te trata bien cuando has sido bueno. Te trata bien cuando no lo has sido; sin recriminarte por tus pecados, tratándote mejor de lo que mereces y hablándote todo el tiempo con dulzura, aunque sin rodeos. Te habla de la manera que quieres que te hablen, lo que te da razones para querer oír más de Él.

Cuando piensas en cómo es el Señor como persona y su forma de relacionarse con las personas, te das cuenta de esto:

“Podría gustarme alguien así. Si esa es la clase de persona que es y si así es como trata a las personas, quiero más de eso. Quiero más de Él. Me gustaría llegar a conocerlo mejor”.

Es entonces cuando te das cuenta de que sus palabras hacen más que simplemente comprometerte en el presente. Llevan implícita una invitación a un futuro que pregunta: “A base de lo que acabo de decir, ¿piensas que soy alguien que vale la pena conocer? Por la forma en que acabo de hablarte, ¿soy alguien con quien te gustará tener una relación a largo plazo?”.

Sus palabras te dan una razón para confiar en Él. Lo escuchas hablar en la Biblia a los que son débiles, lastimados, comprometidos o están en peligro, y descubres que no se aprovecha de ellos. No los aplasta. No los aleja. No los odia. Sus palabras no rompen relaciones, sino que las usa para fomentar relaciones más profundas.

Cuando habla, experimentamos la gracia del evangelio y nos transforma, se hace parte de nosotros, de modo que sus palabras se nos incorporan. Entonces, nosotros hablamos a los que nos rodean de manera similar a como el Señor nos ha hablado.

La misma dinámica entre tú y Dios está en funcionamiento entre tú y tus hijos. Cada vez que surge la posibilidad de conversar, estás comunicándoles exactamente lo mismo que Dios te comunica a ti: “Así soy como persona; esto es lo que valoro, esto es lo que me importa, esto es lo que pienso sobre la vida, esto es lo que pienso de ti”.

Y tú también estás comunicando cómo eres en el aspecto relacional: “Así es como soy en una relación: esta es la manera en que trato a las personas, así es como interactúo, estas son las clases de cosas que digo, esta es la forma en que las digo”.

Y tal como Dios, no solo estás comunicando esas cosas sobre el presente, sino que también estás invitando a quienes te rodean a algo más. Ya sea que decidas hablar o no hablar, no solo estás

diciendo quién eres y cómo eres en cuanto a las relaciones interpersonales, sino que también estás preguntando: “A base de lo que acabo de decir, ¿quieres más o menos de mí?”

Esto es lo sorprendente: siempre estás haciendo eso. No puedes evitarlo. Nuestros hijos —quienes en el curso normal de la vida pasan una cantidad importante de sus años formativos con nosotros— oyen esta implícita invitación con mucha claridad. Las cosas que escogemos decir o no decir, junto con la forma en que las decimos, son una invitación a una relación más profunda o una advertencia en contra de ella.

Por lo tanto, la crianza es el privilegio de atraer a potenciales pares en el futuro —imágenes de Dios más pequeñas y menos desarrolladas—, invitándolos, si ellos así lo quieren, a relaciones verticales y horizontales que podrían ir más allá del tiempo.

¿Entiendes ahora por qué la crianza no “actúa”. No puede. No puedes forzar a tus hijos a amarte, a querer estar contigo o a trabajar bien junto a ti. Pero sí puedes atraer. Puedes darles la experiencia de vivir en el mundo de Dios, que los invita a tener más. Puedes usar palabras para amarlos, incentivarlos, entrenarlos y comprometerlos, tal como Dios usa palabras contigo. Al hacerlo, tus hijos tendrán la oportunidad de percibir a través de ti el carácter y la naturaleza del Señor, lo cual los ayudará a decidir si querrán más de ti y más de Él o no.

Esta clase de crianza te dejará cansado y desesperado porque te darás cuenta de qué poco control tienes sobre el corazón de tu hijo y de las pocas habilidades de llegar allí. Tomar conciencia de esto es bueno porque te hará volver a Jesús. Y a medida que Él satisfaga tu necesidad, estarás mucho mejor equipado para invitar a tus hijos a tener ellos personalmente esa misma experiencia.

Este libro es una invitación a experimentar con tus hijos el proceder del corazón de Dios; a experimentar cómo te cría Dios a medida que tú los crías a ellos.

CRIANDO CON PALABRAS DE GRACIA